



Red Mundial de Oración del Papa

Semana Santa **IMPACTANTE VERDAD**



«La fe en la Resurrección es la llamada recibida por los seguidores de Jesús a ser plenamente felices, pese a los viernes santos de la vida. Aquello que les empuja a no perder nunca en la vida la esperanza, a seguir sonriendo incluso cuando lloran...»

Timo Guillén, s.j.



Índice

EDITORIAL.....	3
INTENCIONES DE ORACIÓN DEL SANTO PADRE, ABRIL 2024 “POR POR EL PAPEL DE LA MUJER”	7
SEMANA SANTA: IMPACTANTE VERDAD.....	13
LA TRANSICIÓN POLÍTICA QUE NECESITAMOS, <i>Luis Ugalde sj</i>	29
¿HACIA DÓNDE ESTAMOS YENDO?, <i>Leonardo Boff</i>	33
LA FUERZA HISTÓRICA DE LOS POBRES Y OPRIMIDOS, <i>Leonardo Boff</i>	37
LA LUJURIA: COMBATIR LAS FIERAS DEL ALMA QUE DESTROZAN EL CORAZÓN Y DEVORAN LA LIBERTAD, <i>Papa Francisco</i>	42
LA SOBERBIA: QUIEN CEDE A ESTE VICIO ESTA LEJOS DE DIOS, <i>Papa Francisco</i>	46
EL ACTUAR VIRTUOSO, <i>Papa Francisco</i>	50
¿SERÁ SUSTITUIDA LA HUMANIDAD POR LA MAQUINIDAD? <i>F. Javier Duplá sj</i>	54
REFLEXIÓN / CONTACTOS.....	58

ÁLVARO LACASTA S.J.

Director Nacional de la Red Mundial
de la Oración del Papa. VENEZUELA



Editorial

Sólo el Amor es digno de Fe

Ciertos peregrinos venidos a celebrar la Pascua de los judíos se acercan a Felipe con una petición: «Queremos ver a Jesús». No es casualidad. Es un deseo profundo de reconocer el misterio que se encierra en aquel hombre de Dios. También a ellos se les puede hacer bien, **ver a Jesús**.

En estos días a Jesús se le ve bastante preocupado. Dentro de poco tiempo será crucificado. Cuando le comunican el deseo de los peregrinos pronuncia unas palabras desconcertantes: «**Llega la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre**». Tan pronto sea crucificado, todos podrán ver con claridad dónde está su verdadera grandeza y su gloria.

Probablemente nadie ha entendido nada. Pero Jesús, pensando en la forma de muerte que le espera insiste: «**Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí**». ¿Qué es lo que se esconde en el Crucificado para que tenga ese poder de atracción? Sólo una cosa: **su amor increíble a todos**.

El amor es invisible. Sólo lo podemos captar en los gestos, los signos y la entrega de quien nos quiere bien. Por eso, en Jesús Crucificado en su vida entregada hasta la muerte, podemos percibir el amor insondable de Dios. En realidad, sólo empezamos a ser cristianos, cuando nos sentimos atraídos por Jesús. Sólo empezamos a entender algo de la fe cuando nos sentimos amados por Dios.

Para explicar la fuerza que se encierra en su muerte en la cruz, Jesús emplea una imagen sencilla que todos podemos entender: **«Si el grano no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere da mucho fruto»**. Si el grano muere germina y hace brotar la vida, pero si se encierra en su pequeña envoltura y guarda para sí su entrega vital, permanece estéril.

Esta bella imagen nos descubre una ley que atraviesa la vida entera. Esto no es una norma moral. No es una ley impuesta por la religión. Es una dinámica que hace profunda la vida de quien sufre movido por el amor. Es una idea repetida por Jesús en diversas ocasiones: quien se aferra egoístamente a su vida la echa a perder; quien sabe entregarla con generosidad genera más vida.

No es difícil comprobarlo. Quien vive exclusivamente para su bienestar y disfrute, su dinero, su éxito o su seguridad termina viviendo una vida mediocre y estéril: su paso por este mundo no hace la vida más humana.

Quien se arriesga a vivir en actitud abierta y generosa, difunde su vida, irradia alegría, ayuda a vivir. No hay una

manera más apasionante de vivir, que hacer la vida de los demás más humana y llevadera. ¿Cómo podremos ir a Jesús si no nos sentimos atraídos por su estilo de vivir y morir?

Al deseo de cuántos llegan a Jerusalén: «Queremos ver a Jesús», Jesús responde con un discurso vibrante en el que se resume el sentido profundo de su vida: **«Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí».**

Cuando Jesús sea alzado en una cruz y aparezca crucificado sobre el Gólgota, todos podrán conocer el Amor insondable de Dios, se darán cuenta de que Dios es amor y solo amor hacia todo ser humano. Se sentirán atraídos por el Crucificado. En él descubrirán la manifestación suprema del Ministerio de Dios.

Hemos de centrar nuestra mirada interior en Jesús y dejarnos conmover al descubrir en esa crucifixión el gesto final de una vida entregada día a día por un mundo más humano para todos. Un mundo que encuentre su salvación en Dios.

Pero, probablemente, a Jesús empezamos a conocerlo de verdad cuando, atraídos por su entrega total al Padre y su pasión por una vida más feliz para todos sus hijos e hijas, escuchemos – aunque sea débilmente- su llamado: **«El que quiera servirme que me siga, a donde estoy yo, allí estará también mi servidor».**

Entonces empezaremos a convertirnos en sus seguidores.

En la Semana Santa, hemos de centrar nuestra mirada interior en Jesús y dejarnos conmover al descubrir en esa crucifixión el gesto final de una vida entregada día a día por un mundo más humano para todos. Un mundo que se encuentre su salvación en Dios.

Esto significa compartir su vida y su destino: «**Donde esté yo, allí estará mi servidor**». Esto es ser cristiano: estar donde estaba Jesús. «No existe ningún sufrimiento que nos pueda ser ajeno» (K. Simonon). Es lo que descubrimos en el Crucificado, salva quien comparte el dolor y se solidariza con el que sufre.

Álvaro Lacasta s.j.



INTENCIONES DE ORACIONES
DEL SANTO PADRE CONFIADAS A
LA RED MUNDIAL DE ORACIÓN

por el papel de la mujer

“Oremos para que la dignidad y la riqueza de las mujeres sean reconocidas en todas las culturas, y para que cese la discriminación que sufren en diversas partes del mundo”

[...] En esta luz, quisiera subrayar tres aspectos del cuidado como contribución de las mujeres a una mayor inclusión, a un mayor respeto por los demás y a afrontar de forma nueva desafíos nuevos. En primer lugar, **para una mayor inclusión**. En el volumen se habla del problema de las discriminaciones que a menudo golpean a las mujeres, como otras categorías débiles de la sociedad. Muchas veces he recordado con fuerza que la diversidad no debe nunca conducir a la desigualdad, sino más bien a una agradecida y recíproca acogida. La verdadera sabiduría, con sus mil facetas, se aprende y se vive caminando juntos, y sólo así se puede convertir en generadora de paz.

Vuestra investigación es por tanto una invitación, gracias a las mujeres y en favor de las mujeres, a no discriminar

sino a integrar a todos, especialmente a los más frágiles a nivel económico, cultural, racial y de género. Nadie debe ser excluido: este es un principio sagrado. De hecho, el proyecto de Dios Creador es un proyecto «esencialmente inclusivo» —siempre—, que pone en el centro precisamente «a los habitantes de las periferias existenciales»; es un proyecto que, como hace una madre, mira a los hijos como a los dedos diferentes de su mano: inclusiva, siempre.

Segunda aportación: **para un mayor respeto del otro.** Cada persona debe ser respetada en su dignidad y en sus derechos fundamentales: educación, trabajo, libertad de expresión, etc. Esto vale de forma particular para las mujeres, más fácilmente sujetas a violencias y abusos. Una vez escuché a un experto de historia que decía cómo nacieron las joyas que llevan las mujeres —a las mujeres les gusta llevar joyas, pero ahora también a los hombres—. Había una civilización que tenía la costumbre de que el marido, cuando llegaba a casa, teniendo tantas mujeres, si una no le gustaba le decía: “¡Vete fuera!”; y esa tenía que irse con lo que llevaba encima, no podía entrar a coger sus cosas, no, “te vas ahora”. Es por esto —según esa historia— que las mujeres empezaron a llevar oro encima, y ahí estaría el inicio de las joyas.

Quizá es una leyenda, pero interesante. Desde hace mucho tiempo la mujer es el primer material de descarte. Esto es terrible. Cada persona debe ser respetada en sus derechos. No podemos callar frente a esta plaga de nuestro tiempo. La mujer es usada. ¡Sí, aquí, en una ciudad! Te pagan menos: bueno, eres mujer. Después, ¡cuidado con ir con tripa, porque si te ven embarazada no te dan el trabajo; es más, si en el

trabajo te ven que empieza, te mandan a casa. Es una de las modalidades que se utiliza hoy en día en las grandes ciudades: descartar a las mujeres, por ejemplo, con la maternidad. Es importante ver esta realidad, es una plaga. No dejemos sin voz a las mujeres víctimas de abuso, explotación, marginación y presiones indebidas, como las que mencioné con el trabajo. Seamos la voz de su dolor y denunciemos con fuerza las injusticias a las que están sometidas, muchas veces en contextos que las privan de toda posibilidad de defensa y rescate. Pero también demos espacio a sus acciones, natural y poderosamente sensibles y orientadas a la tutela de la vida en todo estado, en toda edad y en toda condición.

Y vamos al último punto: afrontar de modo nuevo desafíos nuevos. **La creatividad.** La especificidad insustituible de la contribución femenina al bien común es innegable. Lo vemos ya en la Sagrada Escritura, donde a menudo son las mujeres las que determinan importantes puntos de inflexión en momentos decisivos de la historia de la salvación. Pensemos en Sara, Rebeca, Judit, Susana, Rut, para culminar con María y las mujeres que siguieron a Jesús incluso bajo la cruz, donde notamos que de los hombres quedó sólo Juan, los otros se fueron todos. Las valientes estaban ahí: las mujeres. En la historia de la Iglesia, además, pensemos en figuras como Catalina de Siena, Josefina Bakhita, Edith Stein, Teresa de Calcuta y también en las mujeres “de la puerta de al lado”, que con tanto heroísmo llevan adelante matrimonios difíciles, hijos con problemas...

La heroicidad de las mujeres. Más allá de los estereotipos de un cierto estilo hagiográfico, son personas impresionantes por su determinación, valentía, fidelidad, capacidad de sufrir

y transmitir alegría, honestidad, humildad, tenacidad. Cuando en Buenos Aires yo tomaba el autobús que iba a un sector noroeste, donde había muchas parroquias, ese autobús pasaba siempre cerca de la cárcel y veía la fila de las personas que ese día iban a visitar a los presos: el 90% eran mujeres, las madres, ¡las madres que nunca abandonan al hijo! Las madres. Y esta es la fuerza de una mujer: fuerza silenciosa, pero de todos los días.

Nuestra historia está literalmente repleta de mujeres así, tanto de famosas, como de desconocidas —¡pero no para Dios! — que llevan adelante el camino de las familias, de las sociedades y de la Iglesia; a veces con maridos problemáticos, con vicios... los hijos van adelante... Nos damos cuenta también aquí en el Vaticano, donde las mujeres que “trabajan duro”, también en roles de gran responsabilidad, son ya muchas, gracias a Dios. Por ejemplo, desde el momento que la vicegobernadora es una mujer, las cosas funcionan mejor, aquí, mucho mejor. Y otros puestos, donde hay mujeres, secretarías, el Consejo de la Economía, por ejemplo, son seis cardenales y seis laicos, todos hombres. Ahora fue renovado, hace dos años, y de los laicos uno es hombre y cinco mujeres, y ha empezado a funcionar, porque tienen una capacidad diferente: la posibilidad de actuar y también la paciencia.

Contaba una vez un dirigente del mundo laboral, un trabajador que había llegado a jefe del sindicato, en ese momento, con mucha autoridad —no tenía padre, solo la madre, eran muy pobres, ella hacía trabajo doméstico, vivían en una casa muy pequeña: el dormitorio de la madre, y después una pequeña sala para comer y él dormía en esa sala, a menu-

do se emborrachaba de noche, tenía 22-23 años—. contaba que cuando su madre salía la mañana para trabajar, a limpiar en las casas, se detenía, lo miraba: él estaba despierto, pero fingía no ver, estar dormido, lo miraba y se iba. “Y esa constancia de mi madre, de mirarme sin reprocharme y tolerarme, un día me cambió el corazón, y así llegué donde he llegado”. Solamente una mujer sabe hacer esto; el padre lo habría echado de casa. Debemos ver bien la forma de actuar de las mujeres: es algo grandioso. [...]

Papa Francisco

COMENTARIO PASTORAL



El Papa Francisco ha cambiado mucho el estilo de cómo se hacen las cosas en el Vaticano y eso le ha llevado a ser rechazado por altas jerarquías eclesiásticas, hombres por supuesto. Ha explicado en el texto que antecede el papel distinto e importantísimo que deben jugar las mujeres en la familia, en el trabajo, en la sociedad y también en la Iglesia. Este último cambio tardará en llegar, aunque el papa lo ha iniciado.

La intención del Apostolado de la Oración para este mes habla

de todas las culturas y quiere que colaboremos en hacer que cambien en el papel que otorgan a la mujer. Conocemos culturas en las que la mujer no pinta nada, no puede estudiar, siempre desaparecida tras los velos, siempre en compañía del marido, sólo dedicada a criar los hijos que tenga. La cultura occidental poco o nada puede hacer por eliminar esa discriminación hacia la mujer, que la borra del mapa. Por eso, más bien debemos mirar a nuestra cultura como hace el Papa y

denunciar la discriminación en salarios, condiciones de trabajo, puestos de autoridad todavía discriminatorios en nuestra cultura.

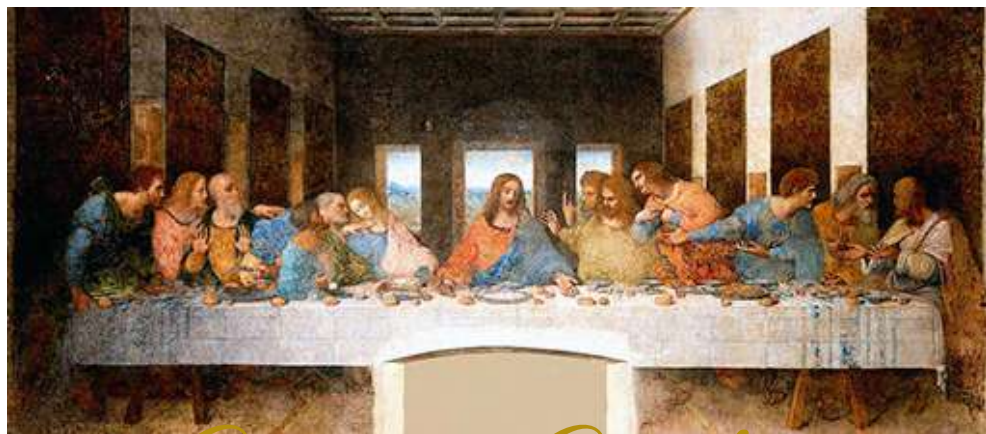
Cuando oyen al Papa, muchos se preguntan: ¿y por qué no hace que se puedan ordenar mujeres como sacerdotes? En la religión anglicana hay obispos mujeres, ¿por qué no en la fe católica? Ese cambio religioso tan fuerte es posible que llegue algún día, pero no es lo más importante que debe enfrentar la fe católica. El materialismo, la indiferencia religiosa, la búsqueda del placer de cualquier tipo... son realidades mucho más hirientes y que expresan el secularismo creciente de la civilización occidental que debemos enfrentar con nuestras oraciones y acciones.

En el mundo civil y político es cada vez mayor el número de

mujeres que ocupan puestos de gobierno: la India, Alemania, Italia, Gran Bretaña, Chile son algunos de los países que han tenido mujeres de primeros ministros. Pronto vendrá México y tal vez Venezuela. Las mujeres tienen sensibilidad mayor, ven el mundo sin pensar en conquistar por la fuerza a los países vecinos, son más tolerantes. Los países gobernados por mujeres han prosperado lo mismo o más que si hubieran sido gobernados por hombres. ¿Llegará un día en que eso ocurra en el Vaticano? No lo sabemos ni es predecible. Lo importante es seguir a Jesús como lo hicieron las mujeres de su entorno: su madre María, la Magdalena, la samaritana, etc. Así se lo pedimos en este mes al Señor.

P. F. Javier Duplá SJ





Semana Santa: **impactante verdad**

1.- LA EUCARISTÍA

«Yo recibí del Señor lo que a mi vez os transmití: Que Jesús, el Señor, en la noche en que era entregado, tomó pan, rezó la acción de gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo, el entregado en favor vuestro; esto, hacedlo para renovar mi presencia”. De la misma manera, también el vaso, después de cenar, diciendo: “Este vaso es la nueva alianza ratificada con mi sangre, esto hacedlo, siempre que lo bebáis, para renovar mi presencia. Pues siempre que comáis este pan y bebáis este vaso, estáis anunciando la muerte del Señor hasta que vuelva» (1Cor 11,23-26; véase: Mc 14, 22-23; Lc 22, 19 ss; Mt 26, 26-29).

Este escrito de San pablo, hacia el año 56 de nuestra Era, es el más antiguo que nos relata la institución de la Eucaristía, tal como se lo habían transmitido a él. Sin embargo, como afirma J. Ratzinger, las raíces de este texto de Pablo y del texto correspondiente del Evangelio según Marcos (14,

22-23) son de la década de los años 30 después de Cristo. Palabras pronunciadas por Jesús durante la cena de despedida con sus discípulos. Estamos ante el núcleo del cristianismo.

Durante esta plegaria “sacerdotal”, Jesús, culmina los discursos de despedida al final de la última cena. Ha instituido la *Eucaristía* y ha lavado los pies de los discípulos. Ahora se dirige al Padre y le pide que sus discípulos sean una sola cosa: que todos sean uno, «como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 20-23). Jesucristo es la persona que hace de todos sus discípulos una sola cosa; él es nuestro referente y nuestra fuente de vida. Cuando se nos pregunta a los cristianos cuál es el sentido de nuestra vida, damos razón de nuestra esperanza porque fijamos nuestros ojos en Jesús.

Todo lo que sucedió en torno a la cena de despedida de Jesús está cargado de peso y de sentido. Como consideraremos luego, el gesto del lavatorio de los pies es muy elocuente: un signo que habla. Jesús nos da a comprender que ha venido a este mundo para ponerse al servicio de los seres humanos y de toda la creación. El evangelista Juan nos ofrece esas señales del amor de Dios. Sin embargo, –quizá porque la comunidad de Juan escribió este Evangelio cuando ya la Eucaristía era celebrada y universalmente conocida en la Iglesia–, el evangelista nos presenta con insistencia el deseo ardiente de Jesucristo de que todos sus discípulos vivan unidos, como Jesús y el Padre están unidos.

No hemos de extrañarnos, por tanto, de que Juan no mencione ahora, en el momento de la Cena, la Institución del sacramento de la *Acción de gracias*: la *Eucaristía*. Nos basta acudir al capítulo VI de su Evangelio, y allí vemos a Jesús

ante muchos discípulos, a quienes promete la vida eterna y les dice: «Yo soy el Pan de la vida; el que viene a mí, de ningún modo pasará hambre; y el que cree en mí, de ningún modo tendrá sed jamás (...) Yo soy el Pan de la vida. Vuestros antepasados comieron en el desierto el maná y murieron; este es el Pan que baja del cielo, de modo que, si alguno come de él no muera. Yo soy el Pan vivo, que bajó del cielo: si alguno come de este Pan, vivirá eternamente; y el Pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo» (Jn 6,35; 48-51).

Esta vida de unión fraterna entre los cristianos y con Jesucristo se traducía en la práctica de la caridad, tal como hemos visto en el relato de Lucas sobre la vida de la primitiva Comunidad de Jerusalén: se reunían en torno a la *fracción del pan*, –la Eucaristía–, compartiendo entre ellos la vida y sus actividades, teniendo cuidado especial de los huérfanos y las viudas, acudiendo todos los días al Templo y siguiendo las enseñanzas de los Apóstoles (Hch 2, 42-47).

Después de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, bajo su luz y el empuje interior que sentían dentro de sí los primeros cristianos, en Jerusalén, «la Iglesia se reunió diariamente –y aquí se empieza con absoluta propiedad a ser *Ecclesia*– para conmemorar en la fracción del pan y la bendición del cáliz, la cena última y la muerte del Señor, haciendo realidad el dulce precepto suyo de la noche en que fue traicionado: *Haced esto en memoria mía* (Lc 22, 14 y 1 Cor 11, 23 ss)».

Recordamos aquí el texto incluido en la Doctrina de los Apóstoles: el texto litúrgico de



la Iglesia en sus primeros pasos, escrito entre los años 50 y 70 d.C., en el que se expresa de modo sencillo esa unión que crea la *Acción de gracias –Eucaristía–* en la Iglesia, y se nos recuerda una de las más antiguas plegarias:

Respecto a la acción de gracias, daréis gracias de esta manera: primeramente, sobre el cáliz:

“Te damos gracias, Padre nuestro, por la santa viña de David, tu siervo, la que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu siervo. A ti sea la gloria por los siglos”.

Luego en el fragmento (de pan):

“Te damos gracias, Padre nuestro, por la vida y el conocimiento que nos manifestaste por medio de Jesús, tu siervo. A ti sea la gloria por los siglos. Como este fragmento estaba disperso sobre los montes y reunido se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la gloria y el poder de Jesucristo eternamente”.

Que nadie, sin embargo, coma ni beba de vuestra Acción de gracias, sino los bautizados en el nombre del Señor. «*No deis lo santo a los perros*» (Mt 7,6).

Y sigue después de la comunión:

“Te damos gracias, Padre Santo, por tu santo Nombre, que hiciste morar en nuestros corazones, y por el conocimiento y la fe y la inmortalidad que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu siervo. A ti sea la gloria por los siglos. Acuérdate, Señor, de tu Iglesia para librarla de todo mal y hacerla perfecta en tu amor, y réunela de los cuatro vientos (Zac 2,6; Mt 24,31), santificada en el reino tuyo que has preparado. Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos”.

«Venga la gracia y pase este mundo. Hosanna al Dios de David (Mt 21, 9.15). El que sea santo, que se acerque. El que no lo sea, que haga penitencia. Maranathá (1Cor 16,22). Amén».

«A los profetas permitidles que den gracias cuantas quieran».

Cristo nos ha dejado la Eucaristía, –afirmó el Concilio de Trento–, «como símbolo de unidad y caridad, con el que quiso que todos los cristianos estuviesen íntimamente unidos entre sí. Además, el Concilio Vaticano II define a la Eucaristía como «sacramento de amor, signo de unidad, vínculo de caridad».

Ya que la Eucaristía hace a la Iglesia, por eso se encuentra en el centro de la vida cristiana. Hacia la Eucaristía convergen los demás sacramentos y todos los ministerios eclesiales. Todo el bien espiritual de la Comunidad se encuentra en la Eucaristía, pues se trata de Cristo mismo, nuestra Pascua, nuestro Pan de vida, que, mediante su carne glorificada y vivificante, en el Espíritu Santo, da la vida a todos los seres humanos.

Este misterio de comunión es para la salvación del mundo entero. La celebración del Sacramento de la Eucaristía nos empuja a descubrir los valores que existen en las Iglesias y las comunidades eclesiales que todavía no están en plena comunión con la Iglesia Católica. Porque, en definitiva, la unidad como la Eucaristía, es obra de Dios, que nos llama a colaborar «con amor a la verdad, con caridad y humildad».

Los Padres del Concilio Vaticano II declararon:

«No es posible que se forme una comunidad cristiana a no ser que tenga como raíces y como quicio la celebración de la

santa Eucaristía, de la cual ha de tomar el dinamismo toda educación que tienda a formar el espíritu de comunidad».



2.- EL LAVATORIO DE LOS PIES

«Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo (...) Y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarle los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido».

El lavatorio de los pies es un episodio insertado en el relato de la Pasión de Jesucristo, colocado como gesto inicial cargado de significado. Por eso, Juan alza el tono del relato entrando en la conciencia que Jesús tenía sobre su filiación divina: se acerca el momento en que vuelve al Padre y está rodeado de discípulos.

En su conjunto, todos y cada uno de los “misterios” de Jesús tiene una particular resonancia, pero algunos de ellos tocan con fuerza el corazón de los creyentes. Los cristianos necesitamos considerarlos intensamente para vivir mejor nuestra vocación en los lugares y en el tiempo en que vivimos.

Este “misterio” del lavatorio de los pies expresa simbólicamente el contenido de la carta de Pablo a los *Filipenses* (capítulo 2, 5 y siguientes). Un hecho tan sencillo como la-

var los pies a un grupo de amigos ha llegado a ser no sólo el solemne preámbulo de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, sino también un gesto de muy particular relieve para nosotros.

El gesto que hace Jesús, sirviéndose del cuerpo humano que tiene desde el primer instante de su Encarnación en el Vientre Virginal de María de Nazaret encierra todo el contenido esencial del Misterio Pascual vivido por Él. Como escribió un biblista, «¿Acaso no se podría decir que,



en el pensamiento de Juan, toda la misión histórica y todo el mensaje de Jesús se concentran en ese gesto, como si Jesús no hubiese venido a este mundo sino a darle cumplimiento?».

En realidad, una vez realizado ese gesto, Jesús ya nos habría dicho del todo lo que él quería comunicarnos. Este signo de Jesús va cargado de Su lógica, la lógica del amor del Padre, opuesta a la del mundo. El primer escalón para alcanzar la salvación es la pobreza del corazón; después vendrá la “humildad profunda” y, finalmente el deseo de compartir con Cristo los desprecios porque él los sufrió “por amor mío”.

El Hijo eterno del Padre se hace Hijo del hombre mediante su abajamiento, descendiendo hasta lo más hondo de nuestra naturaleza, inclinándose en actitud de reverencia, diríamos de adoración al Padre, ante cada uno de nosotros, los seres humanos. La lógica de Jesús le pone nervioso a Pedro, como también conmovió al evangelista Juan. «Tú, Señor, ¿me vas a lavar los pies? ¡Nunca me los lavarás!» (Jn 13, 6). Somos tentados, como Pedro, para que asumamos los criterios del

mundo; según el mundo, lo que cuenta es gozar de prestigio ante los demás, ser estimado y agasajado continuamente, ejercer el poder sobre las personas y sobre todas las cosas de la Creación, olvidándonos incluso de la gloria del Creador.

En el corazón de los Apóstoles se desenvuelve un drama: les cuesta mucho aceptar los criterios del verdadero Mesías, opuestos diametralmente a los del mundo. Y el Maestro dice a Pedro. «Si no te lavo, no tendrás parte conmigo» (Jn 13,8).

La diaconía de Jesús se extiende a toda la creación, identificándose con toda la obra salida del Amor infinito de Dios Creador. Creer en un Dios así resulta difícil, muy difícil.

El Señor y Maestro, Jesús, quien reconoce que de veras es Señor y Maestro, se hace esclavo de todos y se dirige hacia la muerte típica de los esclavos, muerte en la cruz. Y dice: «Os he dado ejemplo para que, como yo os he hecho, hagáis vosotros lo mismo» (Jn 13, 17).

Desde ese lavatorio de los pies, abajarse quiere decir elevarse, ponerse de pie; la bajada al último puesto se convierte en ascensión a lo más alto; asumir el rebajamiento del servidor lleva como consecuencia ser exaltado como Hijo. La cruz se convierte en el medio necesario para volver allá, en donde estaba antes: volver al Padre. La cruz se convierte en emblema de esperanza. Resuenan en nuestro corazón las palabras de Jesús: «¿Comprendéis lo que he hecho por vosotros? Me llamáis el Maestro y el Señor, y decís bien, porque lo soy. Si yo, el Señor y el Maestro he lavado vuestros pies, también vosotros debéis lavar los pies los unos a los otros» (Jn 13,14).



3.- GETSEMANÍ

Habiendo terminado la cena –la última, cena de despedida–, ya de noche, Jesús desciende con sus discípulos hacia el Oriente, al torrente Cedrón.

Han dejado de cantar los salmos de alanza. Van hablando en voz baja, y, desde lo hondo del pequeño valle suben la cuesta empinada hacia el monte de los olivos, como si se dirigiesen a Betania; pero esta vez el Maestro necesita quedarse quieto entre los viejos olivos.

Aquel huerto había acogido repetidas veces al Señor y a sus discípulos. Esta vez tienen miedo, mucho miedo. Ocho de ellos no se atreven a meterse entre los árboles. Jesús habla a los tres más cercanos a él –Pedro, Santiago y Juan– y les dice: –«Orad, para no caer en tentación». Luego se distancia de ellos unos cuantos metros, como un tiro de piedra. Puesto de rodillas, ora: –«Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22, 42).

Por tres veces ruega Jesús a su Padre (Abbá). Entra en agonía e insiste más en su oración: «Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra» (Lc 22, 44), lo cual nos hace suponer que sus vestidos estaban ensangrentados.

Es la ocasión para que yo pida a Dios que me dé dolor con Cristo dolorido y angustiado, que yo pueda compartir con él su sufrimiento, y, sobre todo, que me dé cuenta de que todo eso lo sufre por mis pecados. Por mis pecados. Que es verdad lo que Pablo reconocía: «Me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gál 2, 20).

El Señor me está invitando a que ponga atención a sus palabras: mientras los Apóstoles dan muestras de cansancio y se duermen, me dice que me ponga junto a él. Oigo su

conversación con el Padre y siento que me pide que me fije en todo lo que le rodea: la noche fresca, el brillo tranquilo de la luna llena, un silencio cargado de amenazas. Oigo que dice ante los que cierran sus ojos y sus oídos: «Mi alma está triste hasta la muerte» (Mc 14,34). Y, como coronación de todo, afir-



ma su plena confianza en el Padre; no se echa atrás en su actitud de obediencia.

Fijo mis ojos en ese Hombre que sufre y que se llama Jesús; ante él, poco puedo decir, poco puedo hacer. Quiero y deseo estar allí. Que me dé cuenta de que todo eso lo sufre por mí.



4.- EL COSTADO ABIERTO

Subimos ahora a la pequeña colina del Calvario. Jesús ha sido crucificado. Junto a su cruz están pocas personas: su madre, María de Nazaret; la hermana de su madre, -María la de Cleofás-; y María de Magdala. «Jesús entonces, viendo a su madre y junto a ella el discípulo que él amaba, dijo a la madre: “¡Mujer, ahí está tu hijo!”. Y luego dijo al discípulo: “¡Ahí tienes a tu madre!”. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su ambiente» (Jn 19, 26-27).

Las palabras de Jesús obran lo que pronuncian. Lo queramos o no, hemos sido entregados por el mismo Hijo de Dios, como hijos, a María de Nazaret, la madre de Jesús. Ella

fue constituida desde ese momento madre de todos los seres humanos, personificados en el apóstol San Juan.

En la Pasión y Muerte de Jesús no faltó el aspecto afectivo, humano y divino. Las raíces maternas nos sostienen y nos sirven de enlace con el lenguaje de Dios creador que pronunció en los comienzos, mejor dicho, desde la eternidad. En el plan de amor de Dios sobre la Creación –y en particular sobre los seres humanos– el instrumento más eficaz para conservarnos en nuestra existencia personal son los lazos maternos. A pesar de que somos pecadores, confesamos: «Mira, nací en la culpa, pecador me concibió mi madre» (Sal 51) Jesús ha querido acercarse a nosotros a través de la Madre, María de Nazaret.

En este ambiente del Calvario tuvo lugar la apertura brutal del costado del Señor:

«Los judíos, entonces, como era la “Preparación”, a fin de que no quedaran en la cruz los cuerpos durante el descanso del sábado, pues el día de aquel descanso era gran fiesta-, rogaron a Pilato que les rompieran las piernas y los quitaran. De ahí que los soldados fueron y rompieron las piernas del primero, y del otro que había sido crucificado con él; pero al acercarse a Jesús, como lo vieron muerto no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados con una lanza le traspasó el costado, y brotó enseguida sangra y agua. Y el que lo vio y sigue bajo el efecto de aquella mirada continúa testificando –y es fidedigno su testimonio, es decir, él sabe que refiere un hecho verídico- para que vosotros también creáis. Y es que sucedió eso de modo que se cumpliera el texto de la Escritura: *Ni un hueso suyo será quebrantado.* (Éx 12, 46); y también otra profecía de la Escritura dice: *Contemplantarán al que traspasaron* (Zac 12,10)» (Jn 19, 31-37).

El golpe de la lanza tiene algo de inesperado. Quizá era costumbre entre los romanos ejecutar ese acto terrible con el fin de confirmar la muerte del condenado. En realidad, el evangelista escribe que, al ver que Jesús había muerto, no le quebraron las piernas, sino que le abrieron el costado. Así acostumbraban a hacer con los esclavos delincuentes.



San Juan Pablo II contemplaba en el costado abierto de Jesús su obediencia filial al Padre y el amor fraterno a los seres humanos, a quienes Él amó hasta el extremo, hasta el final del sacrificio de sí mismo:

«El Corazón atravesado de Jesús es el signo de

la totalidad de este amor en dirección vertical y horizontal, como los dos brazos de la cruz. El Corazón atravesado es también *el símbolo de la vida nueva, dada a los hombres mediante el Espíritu y los sacramentos*. En cuanto el soldado le dio el golpe de gracia, del costado herido de Cristo “al instante salió sangre y agua” (Jn 19,34). La lanzada atestigua la realidad de la muerte de Cristo. Él murió verdaderamente, como había nacido verdaderamente y como resucitará verdaderamente en su misma carne (cf. Jn 20, 24.27). Contra toda tentación antigua o moderna de docetismo, de ceder a la “apariencia”, el Evangelista nos recuerda a todos, la cruda certeza de la realidad. Pero, al mismo tiempo, tiende a profundizar el significado del acontecimiento salvífico y a expresarlo a través del símbolo. Él, por tanto, en el episodio de la lanzada, ve un *profundo significado*: como dela roca golpeada

por Moisés brotó en el desierto un manantial de agua (cf Núm 20, 8-11), así del costado de Cristo, herido por la lanza, *brotó un torrente de agua para saciar la sed del nuevo pueblo de Dios*. Este torrente es *don del Espíritu* (Véase Jn 7, 37-39), que alimenta en nosotros la vida divina».

El corazón de un Hombre, brutalmente abierto; el Corazón de un ajusticiado se convierte en la fuente de la que brota nuestra redención.

Al pie de la cruz, ante esa fuente abierta en el costado de Cristo, Nicodemo comenzaba, como nosotros después de él vislumbrar la grandeza del don de Dios.



5.- JESÚS GLORIOSO Y CERCANO: EL RESUCITADO

No basta con afirmar que el núcleo de nuestra fe cristiana es la Resurrección del Señor Jesús. Necesitamos algo que nos toque el alma, que nos proporcione consuelo, y nos provoque a entablar con Jesús resucitado una relación de amistad. Los verdaderos amigos son los “aseguradores” de nuestra fe y esperanza; personas que, tratando con ellas, nos comunican ondas de verdad sobre nuestra existencia en Cristo resucitado. Ellos nos infunden la alegría necesaria para seguir caminando sobre este Planeta empujados por el viento del Espíritu que resucitó a Jesús entre los muertos.

Dice Benedicto XVI:

«(...) Para nuestra fe y para nuestro testimonio cristiano es fundamental proclamar la resurrección de Jesús de Nazaret como acontecimiento real, histórico, atestiguado por muchos y autorizados testigos. Lo afirmamos con fuerza porque,

también en nuestro tiempo, no falta quien trata de negar su historicidad reduciendo el relato evangélico a un mito, a una “visión” de los Apóstoles, retomando o presentando antiguas teorías, ya desgastadas, como nuevas y científicas».

«Ciertamente, la resurrección no fue para Jesús un simple retorno a la vida anterior, pues en ese caso se trataría de algo del pasado: hace dos mil años uno resucitó, volvió a su vida anterior, como por ejemplo Lázaro. La Resurrección se sitúa en otra dimensión: es el paso a una dimensión de vida profundamente nueva, que nos toca también a nosotros, que afecta a toda la familia humana, a la historia y al universo».

Ciertamente, Jesús, el Cristo, ha sido resucitado. Ha sido constituido Señor y Mesías.

«Entérese bien todo Israel de que Dios ha constituido Señor y Mesías a ese Jesús a quien vosotros crucificasteis».

Esas palabras de Pedro traspasaron el corazón de sus oyentes. Después de contemplar el misterio de la Pasión y Muerte de Jesús no podemos menos que *sentir y gustar* que Jesús Resucitado está presente en nuestra vida. Decía Peter Hans Kolvenbach, a propósito de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio:

«Todos los Ejercicios no son más que la introducción y preparación para orar el Misterio Pascual».

«Bajar de la cabeza al corazón, y del corazón a la vida, esta segunda parte del Misterio Pascual (...) Los Evangelios repiten que el Resucitado es el mismo Jesús, pero también insisten en que su manera de hacerse presente a sus amigos ya no es la misma (...) (Hay un no reconocimiento inicial por parte de los discípulos, y un sorprendente entrar, salir, aparecer y desaparecer de la escena por parte del Resucitado (...)) (San Ignacio) nos invita sobre todo a considerar “los ver-

daderos y santísimos efectos de la Resurrección». (Ejercicios, nº 223).

Jesús se nos presenta en su oficio de consolar. No como antes, es decir, durante su vida pública, sino de un modo corporalmente diferente. La corporalidad de Jesús Resucitado causa en quienes lo encuentran un consuelo indecible. San Ignacio afirma, siguiendo el Cartujano Ludolfo Sajonia, que la primera persona a quien Jesús consuela es su Madre, cosa que no nos dice la Escritura, pero que nos dice el sentido común. En ese hecho, el orante contempla la *esperanza confiada de María*.

«Ningún otro consuelo es más intenso para cualquiera de nosotros que este de ver confirmado qué bien hicimos en fiarnos anteriormente de Dios (...) Para Dios es más importante construir personas que destruir enemigos; recuperar a los malvados y a los débiles que destrozarlos; salvar al mundo que condenarlo».

Siendo la fe una experiencia personal, al contemplar estas apariciones, uno se va enterando de que la fe es también una realidad que se vive, se cultiva, se guarda y se celebra en plural. Vemos eso, por ejemplo, en los relatos, de los dos discípulos de Emaús, en el episodio de Tomás “el incrédulo” junto a los otros apóstoles, en el desayuno en la orilla del lago de Tiberíades y en la aparición a Pablo.

«El grupo se rehace al reencontrarse sentados a la mesa con ÉL (...) Lo eclesial se mantiene porque se le reconoce a Él en medio del grupo, como se le contempla en aquel almuerzo en la playa de Tiberíades (Jn 21,9-13)».

En estrecha conexión con la Resurrección de Jesús, sería bueno que leyese las Reglas para sentir en la Iglesia (Ejerci-

cios, n° 352 – 370). Y al contemplar a Cristo que asciende al cielo, unido a toda la Iglesia, recibas el regalo divino de cumplir la misión que Cristo nos da, es decir: «ser testigos suyos hasta los confines del mundo» (Hch 1,8).

Permítame el lector -o lectora- que ponga aquí la frase de un amigo jesuita que realizó su tránsito al lugar del consuelo, de la luz y de la paz en el año 2020:

«La fe en la Resurrección es la llamada recibida por los seguidores de Jesús a ser permanentemente felices, pese a los *viernes santos* de la vida. Aquello que les empuja a no perder nunca en la vida la esperanza, a seguir sonriendo incluso cuando lloran...».





Son muchas las diferencias entre los venezolanos, pero tenemos un consenso: queremos con urgencia un cambio político para salir de este desastre con una inteligente transición.

Las grandes transiciones políticas producen cambios partiendo de enfrentamientos radicales entre el régimen reinante y la realidad naciente. Ejemplos, como en Polonia, España y Chile, que pasaron de la dictadura a la democracia, demuestran que al comienzo no parecía posible ningún cambio pacífico. Pero visto en perspectiva, sorprende gratamente el “milagro” de una evolución en la que conviven y colaboran los perseguidos y perseguidores de ayer. Descubren que unos y otros no sólo son tolerables, sino que son necesarios para la alternativa. Por ejemplo, en Chile, el sangriento dictador Pinochet colabora como ministro de la Defensa en el giro democrático. En ese tránsito reconocen sus errores y van descubriendo el valor y la necesidad de la convivencia entre

distintos. El cambio no es sustituir una exclusión dictatorial por otra.

Sin ir lejos, en Venezuela vivimos una muy exitosa transición, de la dictadura gomecista hacia las libertades democráticas, con el general López Contreras, que heredó el poder por ser ministro de la Defensa de Juan Vicente Gómez. Su gobierno combinó la continuidad dictatorial con cambios democráticos que eran defendidos por los opositores en la cárcel y en el exilio. El general López Contreras, con su Congreso Nacional, cambió la Constitución, acortó de 7 a 5 años su período presidencial y prohibió la reelección presidencial inmediata.

Con él, muchos perseguidos regresaron del destierro o salieron de la prisión para hacer política partidista opositora, y a la enorme manifestación de protesta antidictatorial del 14 de febrero de 1936 no la reprimió, sino que respondió con el audaz Programa de Febrero, que se nutría de las exigencias de la oposición. Pronto nacieron instituciones tan importantes como la Oficina Nacional del Trabajo y el Instituto Pedagógico. Los impacientes y puristas podrían criticar la lentitud e incoherencia de las reformas, pero visto en perspectiva, la vida política de Venezuela en 1941 no es la de 1935. El enfermo social no salta de golpe y sin transición desde las puertas de la muerte al pleno disfrute de la salud.

Las transiciones exitosas muestran que en la Fuerza Armada debe haber continuidad institucional, con voluntad y visión de cambio democrático.

Ahora, Venezuela necesita un cambio sabio, tolerante, inclusivo para rescatar la democracia y reavivar la economía y

las libertades sociales. Este año 2024 es clave para abrir las puertas de la democracia; será exitoso si sabemos recorrer ese camino con grandeza, humildad y sentido del perdón, para juntarnos todos en el esfuerzo común del cambio y de la reconstrucción.

Hace pocos meses, en las primarias de la oposición, la gente sorprendió con su concurrida votación pacífica y llena de esperanza de renovación. Y el Gobierno autocrático básicamente respetó los resultados. La opositora María Corina Machado ganó la candidatura con más de 90% de los votantes. Con ello, Venezuela le dio el mandato claro para convertirse en líder principal del giro democrático y de la restauración del país. Una tarea casi imposible, si el régimen y la oposición no se inventan de nuevo.

...convertirse en líder principal del giro democrático y de la restauración del país.

Ahora María Corina no es solo la jefa de un pequeño partido, sino que ha recibido la misión de renacer como la líder con la sabiduría y el coraje para que Venezuela renazca social, política y económicamente desde las ruinas actuales. De ninguna manera es aceptable que el régimen la excluya y la inhabilite para ser candidata presidencial porque la ve como ganadora y conductora del CAMBIO PARA SALIR DE LA DICTADURA. No hay ninguna condena judicial que la invalide y es una barbaridad eliminar a la elegida por el pueblo, porque encarna el cambio anhelado. Más insensato sería que la oposición mansamente aceptara la eliminación de la candidatura de MCM, porque no le gusta al régimen o porque ha sido crítica de la oposición.

Pero esa candidatura obliga también a MCM a nacer a la nueva responsabilidad y asumir el reto inmenso de liderar la transformación y la transición sumando todas las fuerzas posibles. La tarea es abrumadora y las fuerzas, escasas. La misión de MCM no termina con la próxima elección presidencial, sino que apenas comienza.

En resumen, Venezuela necesita un CAMBIO y para salir de esta muerte ha escogido a MCM, porque siente que la encarna y debe liderarlo. El éxito pasa por el desarrollo de cualidades de líder con tan difícil misión. Nacional e internacionalmente hay que reforzar su liderazgo para el rescate y la reconstrucción de la nación, y ella tiene que buscar y atraer a los múltiples liderazgos, reforzarlos; aprender también de ellos en las diversas regiones y en diversos sectores sociales e instancias no políticas.

MCM es la líder escogida para ganar la presidencia y conducir la tarea de recuperar a Venezuela. Desde ese liderazgo tiene (y tenemos) que enfrentar la anticonstitucional inhabilitación, sabiendo que el régimen está decidido a mantener su eliminación. Ella no puede renunciar a la candidatura, ni puede dejar a los demócratas sin alternativa electoral para derrotar a Maduro. Hay que luchar para que sea candidata a la elección presidencial, o en caso extremo ponga en el peso de su liderazgo con otra candidatura suya y nuestra, capaz y abierta para sumar fuerzas para la transición y la recuperación nacional.

Luis Ugalde s.j.



Hay una convergencia de innumerables crisis que están afligiendo a toda la humanidad. Sin necesidad de citarlas todas, voy a restringirme a dos, extremadamente peligrosas, incluso letales: una *guerra nuclear* entre las potencias militaristas, disputándose la hegemonía en la dirección del mundo. Como nunca hay total seguridad, ahí funcionaría la fórmula $1+1=0$, o sea, se llevaría consigo todo el sistema-vida humana. La Tierra continuaría, empobrecida, llena de llagas, pero todavía giraría alrededor del sol, no sabemos durante cuantos millones de años, pero sin ese Satán de la vida que es el ser humano demente que perdió su dimensión de sapiente.

La otra es el *cambio climático* creciente que no sabemos en cuántos grados Celsius se va a estabilizar. Un hecho es innegable, afirmado por los propios científicos escépticos: la ciencia y la técnica han llegado atrasadas. Hemos pasado el punto crítico en el que ellas todavía nos podrían ayudar. Ahora solo pueden advertirnos de los eventos extremos que vendrán y disminuir los efectos dañinos. Algunos climatólogo

gos sugieren que en los años venideros el clima posiblemente se establecería en términos globales en torno a los 38-40 grados Celsius. En otras regiones podría llegar en torno a los 50°C. Habrá millones de víctimas, especialmente entre los niños y las personas mayores, que no conseguirán adaptarse a la nueva situación de la Tierra.

Esos mismos científicos han advertido a los Estados sobre el hecho de millones de migrantes, que dejarán sus tierras queridas debido al exceso de calor y a la frustración de las cosechas de alimentos. Es posible y deseable que obligatoriamente haya una gobernanza planetaria global y plural, constituida por representantes de los pueblos y de las clases sociales para pensar sobre la situación modificada de la Tierra, que no respete los límites de las naciones. Se trata de salvar no este o aquel país, sino a toda la humanidad. Con realismo el Papa Francisco ha dicho varias veces: “esta vez no hay un arca de Noé que salva a algunos y deja a los demás: “o nos salvamos todos o nadie se salva”.

Como se deduce, estamos ante una situación límite. La conciencia de esta urgencia es muy débil en la mayoría de la población, entorpecida por la propaganda capitalista de un consumo sin freno y la de los propios estados, controlados en gran parte por las clases dominantes. Estas solo miran a un horizonte por delante, crédulas de un progreso ilimitado en dirección al futuro, sin tomar nunca en serio que el planeta es limitado y no aguanta, y que necesitamos 1,7 planetas Tierra para satisfacer su consumo suntuoso.

¿Hay una salida para este acúmulo de crisis, a dos de las cuales nos hemos restringido? Creo que ni el Papa ni el Dalai Lama, ni ningún sabio privilegiado pueden predecir cuál sea nuestro futuro. Si miramos las maldades del mundo tenemos que dar la razón a José Saramago, que decía: “No

soy pesimista; la situación es la que es pésima”. Recuerdo al cautivador San Francisco de Asís que, encantado, veía el lado luminoso de la creación. Pedía sin embargo a sus cofrades: no consideren demasiado los males del mundo para no tener motivos para reclamar a Dios. En cierta manera todos somos un poco Job que reclamaba, pacientemente, por todos los males que lo afligían. Nosotros también reclamamos porque no entendemos el porqué de tanta maldad, especialmente por qué Dios se calla y permite que, muchas veces, el mal triunfe como ahora frente al genocidio de niños inocentes en la Franja de Gaza. ¿Por qué no interviene para salvar a sus hijos e hijas? ¿No es Él “el apasionado amante de la vida” (Sabiduría 11,26)?

Se atribuye a Freud, que no se consideraba un hombre de fe, la frase siguiente: si me presento delante de Dios, tengo más preguntas que hacerle a él que él a mí, pues hay tantas cosas que nunca entendí cuando estaba en la Tierra.

Ni la filosofía ni la teología consiguieron hasta hoy ofrecer una respuesta convincente al problema del mal. Lo máximo fue afirmar que Dios, al aproximarse a nosotros por la encarnación –no para divinizar al ser humano sino para humanizar a Dios– va con nosotros al exilio, asume nuestro dolor y hasta la desesperación en la cruz. Eso es grandioso, pero no responde al por qué del mal. ¿Por qué Dios humanado tuvo que sufrir también él y “aunque fuera Hijo de Dios, aprendió la obediencia por medio de los sufrimientos que tuvo” (Hebreos,5,8)? Esa propuesta no hace desaparecer el mal. Continúa como una espina en la carne.

Tal vez tengamos que contentarnos con la afirmación de Santo Tomás de Aquino que escribió, así reconocido ampliamente, uno de los más brillantes tratados “Sobre el Mal” (*De Malo*). Al final, se rinde ante la imposibilidad de la razón

para explicar el mal y concluye: “Dios es tan poderoso que puede sacar un bien del mal”. Eso es fe confiante, no razón razonante.

Lo que podemos decir con cierta seguridad es: si la humanidad, especialmente el sistema del capital con sus grandes corporaciones globalizadas, continúa con su lógica de explotar hasta agotar los bienes y servicios naturales en función de su acumulación ilimitada, entonces podremos decir con la expresión de Zygmunt Bauman que “engrosaremos el cortejo de aquellos que se dirigen hacia su propia sepultura”.

Después de haber cometido el peor crimen perpetrado en la historia: el asesinato judicial del Hijo de Dios, clavándolo en la cruz, nada ya es imposible. Como dijo J.P. Sartre después de las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki: el ser humano se ha apropiado de la propia muerte. Y Arnold Toynbee, el gran historiador, comentó: ya no necesitamos que Dios intervenga para poner fin a su creación; cupo a nuestra generación presenciar la posibilidad de su propia destrucción.

¿Pesimismo? No. Realismo. Pero también tenemos la posibilidad de dar el salto de la fe que se inscribe como una posible emergencia del proceso cosmogénico: creemos que el verdadero señor de la historia y de su destino no es el ser humano, sino el Creador, que de las ruinas y de las cenizas puede crear un hombre nuevo y una mujer nueva, un nuevo cielo y una nueva Tierra. Allí la vida es eterna y reinará el amor, la fiesta, la alegría y la comunión de todos con todos y con la Suprema Realidad. *Et tunc erit finis.*

Leonardo Boff

ha escrito: *Cuidar la Tierra-proteger la vida: cómo escapar del fin del mundo*, Nueva Utopía, Madrid 2011;
Nuestra resurrección en la muerte, Vozes 2012, Sal Terrae en español.



LA FUERZA HISTÓRICA DE LOS POBRES Y OPRIMIDOS

A mí siempre me ha impresionado una pequeña historia relatada en el libro del Eclesiastés del Primer Testamento (o Antiguo). Se asume que el Eclesiastés es obra del sabio rey Salomón. Sería lo que hoy llamaríamos un académico o un profesor universitario (en hebreo Qohelet). Es conocido por la expresión “vanidad de vanidades; todo es vanidad” (1,2). Algunas versiones modernas traducen: “ilusión, pura ilusión; todo es ilusión”.

Todo el libro es una búsqueda incansable de la felicidad, pero se enfrenta con la muerte inevitable que vuelve todas las búsquedas, ilusiones, puras ilusiones. No por eso deja de ser temeroso de Dios y ético al indignarse frente a las opresiones: “cuántas son las lágrimas de los oprimidos sin nadie que los consuele cuando están bajo el poder de los opresores... feliz aquel que no llegó a nacer porque no ha visto la maldad que se comete bajo el sol” (4,1.3).

La pequeña historia reza así: *“Había una ciudad de pocos habitantes. Un rey poderoso marchó sobre ella, la sitió y levantó contra ella grandes rampas de ataque. En la ciudad había un hombre pobre, y sabio, que podría haberla salvado con su sabiduría. Pero nadie se acordó de aquel hombre pobre. La sabiduría del pobre es despreciada y sus palabras nunca se escuchan”* (9,14-16).

Esta constatación me conduce a la teología latinoamericana de la liberación. Es una teología cuyo eje articulador es “la opción no excluyente por los pobres, contra la pobreza y por su liberación”. Ella da centralidad a los pobres como lo hace el evangelio del Jesús histórico: “felicidades vosotros los pobres porque vuestro es el Reino de Dios” (Lucas 6,20). Pero hay algo inédito en la Teología de la Liberación que supera el asistencialismo y el paternalismo tradicionales que practicaban la caridad con los pobres, pero los dejaban en su situación de pobres.

La Teología de la Liberación aportó algo singular: reconocer la fuerza histórica de los pobres. Ellos comenzaron a tomar conciencia de que su pobreza no es querida por Dios, ni es natural, sino consecuencia de fuerzas sociales y políticas que los explotan para enriquecerse a costa de ellos, haciéndolos así pobres. Entonces, no son simplemente pobres, son oprimidos.

Contra toda opresión aparece la liberación. Concientizados de este hecho y organizados, constituyen fuerzas sociales capaces, junto con otras fuerzas, de cambiar la sociedad para que sea mejor, no tan injusta, opresora y desigual.

Los cristianos se inspiraron en la tradición del Éxodo (“oí

el clamor de mi pueblo oprimido, y bajé a liberarlo”, Ex 3,7), en la de los profetas que, contra los opresores de los pobres y de las viudas, denunciaban a las élites dominantes y a los reyes (Isaías, Amós, Oseas, Jeremías), haciendo decir a Dios: “misericordia quiero y no sacrificios; buscad el derecho, corregid al opresor, haced justicia al huérfano y a la viuda” (Isaías, 1,17), pero principalmente en la práctica del Jesús histórico que estaba siempre claramente del lado de la vida sufriente, especialmente de los pobres, de los enfermos, de los marginados, de las mujeres, ejerciendo una práctica verdaderamente liberadora de los padecimientos humanos. Les anunciaba el proyecto de Dios, una revolución absoluta: un Reino de amor, de paz, de perdón, de compasión y también de dominio sobre la naturaleza rebelada.

Esta es la base de la teología de la liberación. Marx no fue nunca padre ni padrino de este tipo de teología, como muchos la acusan todavía hoy. La teología de la liberación se fundamenta en la tradición profética y en la práctica del Jesús histórico. No olvidemos que él fue juzgado, condenado y levantado en una cruz por los religiosos de su tiempo, asociados con el poder político romano, a causa de la libertad que se tomaba ante las leyes opresoras y la imagen de un Dios vengador. Puso todo bajo la criba del amor y de la misericordia. Si no servían al amor y no llevaban a la misericordia él rompía con costumbres y tradiciones que pesaban sobre la vida de todo el pueblo.

La Teología de la Liberación dio un voto de confianza a los pobres, considerándolos protagonistas de su propia liberación y actores en una sociedad como la nuestra que crea más y más pobres y vergonzosamente los desprecia y los re-

lega a la marginalidad. Ella se funda sobre la explotación de las personas, sobre la competición y no sobre la solidaridad, y sobre la depredación irresponsable de la naturaleza y no sobre su cuidado.

La experiencia que hicimos es exactamente la narrada en el libro del Eclesiastés: los pobres son sabios, nos enseñan, pues su saber está hecho de experiencias; hacemos un intercambio de saberes, entre el nuestro científico y el experiencial de ellos y así sumamos fuerzas. Descubrimos que cuando se organizan en comunidades, en movimientos, y participan como ciudadanos en partidos que buscan la justicia social, revelan su capacidad de presión y hasta de imponer transformaciones sociales.

¿Pero cuáles son los políticos en los parlamentos y los pocos gobiernos que los escuchan y atienden sus reivindicaciones? Generalmente sólo se cuenta con ellos cuando hay elecciones, para seducirlos para sus proyectos, por lo general ficticios.

Voy a contar, no sin cierto apuro, lo que pasó conmigo. El gran filósofo y jurista Norberto Bobbio de la Universidad “degli Studi” de Turín quiso honrar a la Teología de la Liberación, concediéndome el título de “doctor honoris causa” en política. Sectores del Vaticano y el cardenal de Turín ejercieron una fuerte presión para que ese evento no se realizase, lo que irritó sobremanera al filósofo-jurista Bobbio.

El evento se realizó con su presencia, ya mayor y enfermo. En el diploma universitario se leía: “La personalidad del franciscano Leonardo Boff se destaca tanto en la investigación en ciencias políticas y teológicas, como en el compromiso ético y social. Sus escritos y su reflexión, altamente origi-

nales y movidos por una pasión cívica, están en el centro de un debate político y eclesiástico fervoroso en el mundo contemporáneo”. El 27 de noviembre de 1990 me fue concedido el título mencionado.

Noberto Bobbio quedó tan impresionado con el discurso que pronuncié como agradecimiento al título, que comentó: “Nosotros, los de la izquierda, teníamos que esperar a un teólogo para recordarnos que los pobres son sujetos de la historia” (cf. M. Losano, *Noberto Bobbio: una biografía cultural*, E. Unesp 2022, pp 460-463).

Para mí era la confirmación de la verdad de la historia del Ecclesiastés: tenemos que oír a los pobres (por su causa me honraron con el título) que antes de leer las letras, leen el mundo con acierto. Sin la sabiduría de ellos y la de los pueblos originarios no salvaremos nuestras sociedades ni tampoco evitaremos las catástrofes de nuestra civilización.

Leonardo Boff

Ha escrito *Brasil: concluir la refundación o prolongar la dependencia*, Vozes 2018;
La búsqueda de la justa medida: cómo equilibrar el planeta Tierra, Vozes 2023.





LA LUJURIA:

*Combatir las fieras del alma
que destrozan el corazón
y devoran la libertad*

Continuemos nuestro itinerario sobre los vicios y las virtudes; y los antiguos Padres nos enseñan que, después de la gula, el segundo “demonio”, es decir vicio, que está siempre agazapado a la puerta del corazón es el de la *lujuria*. Mientras que la gula es la voracidad hacia la comida, este segundo vicio es una especie de “voracidad” hacia otra persona, es decir, el vínculo envenenado que los seres humanos mantienen entre sí, especialmente en el ámbito de la sexualidad.

Entiéndase bien: en el cristianismo no se condena el instinto sexual. Un libro de la Biblia, el Cantar de los Cantares, es un maravilloso poema de amor entre una pareja de novios. Sin embargo, esta hermosa dimensión de nuestra humanidad, la dimensión sexual, la dimensión del amor, no está exenta de peligros, hasta el punto de que ya San Pablo tiene que abordar la cuestión en la primera Carta a los Corintios. Escribe así: “Es cosa pública que se cometen entre ustedes actos deshonestos, como no se encuentran ni siquiera entre los paganos” (5,1). El reproche del Apóstol se refiere precisamente a un uso malsano de la sexualidad por parte de algunos cristianos.

Por qué sucede este misterio y por qué es una experiencia tan impactante en la vida de las personas, ninguno de nosotros lo sabe. Una persona se enamora de otra, el enamoramiento llega. Es una de las realidades más sorprendentes de la existencia. La mayoría de las canciones que oímos en la radio hablan de esto: amores que se encienden, amores que siempre se buscan y nunca se alcanzan, amores llenos de alegría o amores que atormentan hasta las lágrimas.

Si no está contaminado por el vicio, el enamoramiento es uno de los sentimientos más puros. Una persona enamorada se vuelve generosa, disfruta haciendo regalos, escribe cartas y poemas. Deja de pensar en sí misma para proyectarse completamente hacia el otro. Es bello esto. Y si le preguntas a una persona enamorada: “¿por qué amas tú?”, no encontrará respuesta: en muchos sentidos, el suyo es un amor incondicional, sin motivo. Paciencia si ese amor, tan poderoso, es también un poco ingenuo: el enamorado no conoce realmente el rostro de la otra persona, tiende a idealizarla, está dispuesto a hacer promesas cuyo peso no capta inmediatamente. Este “jardín” donde se multiplican las maravillas no está, sin embargo, a salvo del mal. Puede ser contaminado por el demonio de la lujuria, y este vicio es particularmente odioso, al menos por dos razones.

En primer lugar, porque *devasta las relaciones entre las personas*. Para documentar tal realidad, desgraciadamente bastan las noticias cotidianas. ¿Cuántas relaciones que comenzaron de la mejor manera se han convertido luego en relaciones tóxicas, de posesión del otro, carentes de respeto y de sentido de los límites? Son amores en los que ha faltado la castidad: una virtud que no hay que confundir con la abs-

tinencia sexual –la castidad es más que abstinencia sexual–, sino con la voluntad de no poseer nunca al otro.

Amar es respetar al otro, buscar su felicidad, cultivar la empatía por sus sentimientos, disponerse en el conocimiento de un cuerpo, una psicología y un alma que no son los nuestros y que hay que contemplar por la belleza que encierran. Amar es esto, el amor es hermoso. La lujuria, en cambio, se

La lujuria saquea, roba, consume de prisa, no quiere escuchar al otro sino sólo a su propia necesidad y placer

burla de todo esto: la lujuria saquea, roba, consume de prisa, no quiere escuchar al otro sino sólo a su propia necesidad y placer; la lujuria juzga aburrido

todo cortejo, no busca esa síntesis entre razón, pulsión y sentimiento que nos ayudaría a conducir sabiamente la existencia. El lujurioso sólo busca atajos: no comprende que el camino del amor debe recorrerse lentamente, y que esta paciencia, lejos de ser sinónimo de aburrimiento, nos permite hacer felices nuestras relaciones amorosas.

Pero hay una segunda razón por la cual la lujuria es un vicio peligroso. Entre todos los placeres del hombre, la sexualidad tiene una voz poderosa. Implica todos los sentidos; habita tanto en el cuerpo como en la psique, y esto es bellísimo, pero si no se disciplina con paciencia, si no se inscribe en una relación y una historia en la que dos personas la transforman en una danza amorosa, se convierte en una cadena que priva al hombre de libertad. El placer sexual, que es un don de Dios, se ve socavado por la pornografía: satisfacción sin relación que puede generar formas de adicción. Debemos defender el amor, el amor del corazón, de la mente,

del cuerpo, el amor puro de donarse recíprocamente. Y esa es la belleza de las relaciones sexuales.

Ganar la batalla contra la lujuria, contra la “cosificación” del otro, puede ser un esfuerzo que dura toda la vida. Pero el premio de esta batalla es el más importante de todos, porque se trata de preservar esa belleza que Dios escribió en su creación cuando imaginó el amor entre el hombre y la mujer, que no es para usarse el uno al otro, sino para amarse. Esa belleza que nos hace creer que construir juntos una historia es mejor que lanzarse a la aventura –¡hay tantos don Juanes!–, cultivar la ternura es mejor que doblegarse ante el demonio de la posesión –el verdadero amor no posee, se dona–, servir es mejor que conquistar. Porque si no hay amor, la vida es triste, es una triste soledad.

Papa Francisco





LA SOBERBIA:

*Quien cede a este vicio
está lejos de Dios*

En nuestro itinerario catequético sobre los vicios y las virtudes, llegamos hoy al último de los vicios: la *soberbia*. Los antiguos griegos lo definían con una palabra que podría traducirse como “esplendor excesivo”. En realidad, la soberbia es la auto-exaltación, el engrimiento, la vanidad. El término aparece también en esa serie de vicios que Jesús enumera para explicar que el mal procede siempre del corazón del hombre (cf. Mc 7,22). El soberbio es aquel que cree ser mucho más de lo que es en realidad; aquel que se estremece por ser reconocido como superior a los demás, siempre quiere ver reconocidos sus propios méritos y desprecia a los demás considerándolos inferiores.

A partir de esta primera descripción, vemos cómo el vicio de la soberbia está muy cerca del de la vanagloria. Pero si la vanagloria es una enfermedad del yo humano, se trata de una enfermedad infantil en comparación con los estragos que puede causar la soberbia. Analizando las locuras del hombre, los monjes de la antigüedad reconocían un cierto orden en la secuencia de los males: se empieza por los pecados más groseros, como la gula, y se llega a los monstruos

más inquietantes. *De todos los vicios, la soberbia es la gran reina.* No es casualidad que, en la Divina Comedia, Dante lo sitúe en el primer círculo del purgatorio: quien cede a este vicio está lejos de Dios, y la enmienda de este mal requiere tiempo y esfuerzo, más que cualquier otra batalla a la que esté llamado el cristiano.

En realidad, en este mal se esconde el pecado radical, la absurda pretensión de ser como Dios. El pecado de primeros padres, relatado en el libro del Génesis, es a todos los efectos un pecado de soberbia. El tentador les dice: «...Dios sabe muy bien que el día en que coman de él, se les abrirán a ustedes los ojos; entonces ustedes serán como dioses» (Gen 3,5). Los escritores de espiritualidad están más atentos a describir las repercusiones de la soberbia en la vida de todos los días, a ilustrar cómo arruina las relaciones humanas, a subrayar cómo este mal envenena ese sentimiento de fraternidad que, en cambio, debería unir a los hombres.

He aquí, entonces, la larga lista de síntomas que revelan que una persona ha sucumbido al vicio de la soberbia. Es un mal con un aspecto físico evidente: el

...el hombre orgulloso es altivo, tiene una “dura cerviz”, es decir, tiene el cuello rígido que no se dobla

hombre orgulloso es altivo, tiene una “dura cerviz”, es decir, tiene el cuello rígido que no se dobla. Es un hombre que con facilidad juzga despreciativamente: por una nadería, emite juicios irrevocables sobre los demás, que le parecen irremediabilmente ineptos e incapaces. En su arrogancia, olvida que Jesús en los Evangelios nos dio muy pocos preceptos morales, pero en uno de ellos fue inflexible: no juzgar nunca.

Te das cuenta de que estás tratando con una persona orgullosa cuando, si le haces una pequeña crítica constructiva, o un comentario totalmente inofensivo, reacciona de forma exagerada, como si alguien hubiera ofendido su majestad: monta en cólera, grita, rompe relaciones con los demás de forma resentida.

Poco se puede hacer con una persona enferma de soberbia. Es imposible hablar con ella, y mucho menos corregirla, porque en el fondo ya no está presente a sí misma. Sólo hay que tenerle paciencia, porque un día su edificio se derrumbará. Un proverbio italiano dice: “La soberbia va a caballo y vuelve a pie”.

En los Evangelios, Jesús trata con muchas personas orgullosas, y a menudo fue a desenterrar este vicio incluso en personas que lo ocultaban muy bien. Pedro alardea al máximo su fidelidad: “Aunque todos te abandonen, yo no lo haré” (cf. Mt 26,33). Sin embargo, pronto experimentará que es como los demás, también él temeroso ante la muerte que no imaginaba que pudiera estar tan cerca.

Y así, el segundo Pedro, el que ya no levanta el mentón, sino que llora lágrimas saladas, será medicado por Jesús y será por fin apto para soportar el peso de la Iglesia. Antes ostentaba una presunción de la que era mejor no hacer alarde; ahora, en cambio, es un discípulo fiel al que, como dice una parábola, el amo “hará administrador de todos sus bienes” (Lc 12,44).

La humildad, verdadero remedio para todo acto de soberbia

La salvación pasa por la humildad, verdadero remedio para todo acto de sober-

bia. En el *Magnificat* María canta a Dios que dispersa con su poder a los soberbios en los pensamientos enfermos de sus corazones. Es inútil robarle algo a Dios, como esperan hacer los soberbios, porque al final Él quiere regalarnos todo. Por eso el Apóstol Santiago, a su comunidad herida por luchas intestinas originadas en el orgullo, escribe: «Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes les da su gracia» (St 4,6).

Papa Francisco



EL ACTUAR VIRTUOSO



Después de haber concluido nuestra visión general de la serie sobre los vicios, ha llegado el momento de volver la mirada a la imagen especular que se opone a la experiencia del mal. El corazón humano puede complacerse en malas pasiones, puede prestar atención a tentaciones nocivas disfrazadas con vestidos seductores, pero también puede oponerse a todo esto. Por fatigoso que sea, el ser humano está hecho para el bien, que le realiza verdaderamente, y también puede practicar este arte, haciendo que ciertas disposiciones se hagan permanentes en él. La reflexión sobre esta maravillosa posibilidad nuestra constituye un capítulo clásico de la filosofía moral: el capítulo de *las virtudes*.

Los filósofos romanos la llamaban *virtus*, los griegos *aretè*. El término latino subraya sobre todo que la persona virtuosa es fuerte, valiente, capaz de disciplina y ascetismo; por tanto, el ejercicio de la virtud es fruto de una larga germinación que requiere esfuerzo e incluso sufrimiento. La palabra griega *aretè*, indica algo que sobresale, algo que resalta, que

suscita admiración. La persona virtuosa es, entonces, la que no se desnaturaliza deformándose, sino que es fiel a su vocación, realiza plenamente su ser.

Nos equivocariamos si pensáramos que los santos son excepciones de la humanidad: una suerte de estrecho círculo de campeones que viven más allá de los límites de nuestra especie. Los santos, en esta perspectiva que acabamos de introducir sobre las virtudes, son, en cambio, aquellos que llegan a ser plenamente ellos mismos, que realizan la vocación propia de todo ser humano. ¡Qué feliz sería el mundo si la justicia, el respeto, la benevolencia mutua, la amplitud del corazón y la esperanza fueran la normalidad compartida, y no una rara anomalía! Por eso el capítulo del actuar virtuoso, en estos tiempos dramáticos nuestros, en los que a menudo nos encontramos con lo peor de lo humano, debería ser redescubierto y practicado por todos. En un mundo deformado, debemos recordar la forma en la que hemos sido plasmados, la imagen de Dios que está impresa para siempre en nosotros.

Pero, ¿cómo *definir* el concepto de virtud? *El Catecismo de la Iglesia Católica* nos ofrece una definición precisa y concisa:

“La virtud es una disposición habitual y firme a hacer el bien” (n. 1803). No

“La virtud es una disposición habitual y firme a hacer el bien”

es, por tanto, un bien impro-

visado y algo casual que cae del cielo de forma episódica. La historia nos dice que incluso los criminales, en un momento de lucidez, han realizado buenas acciones; ciertamente estas acciones están escritas en el “libro de Dios”, pero la virtud es otra cosa. Es un bien que nace de una lenta maduración de

la persona, hasta convertirse en una característica interior suya. La virtud es un *hábitus* de la libertad. Si somos libres en cada acto, y cada vez estamos llamados a elegir entre el bien y el mal, la virtud es lo que nos permite tener un hábito hacia la elección correcta.

Si la virtud es un don tan hermoso, inmediatamente surge una pregunta: *¿cómo es posible adquirirla?* La respuesta a esta pregunta no es sencilla, sino compleja.

Para el cristiano, el primer auxilio es la *gracia* de Dios. De hecho, el Espíritu Santo actúa en nosotros, quienes hemos sido bautizados, obrando en nuestra alma para conducirla a una vida virtuosa. ¡Cuántos cristianos han llegado a la santidad a través de las lágrimas, al constatar que no podían superar ciertas debilidades! Pero han experimentado que Dios ha completado esa obra buena que para ellos era sólo un esbozo. La gracia precede siempre a nuestro compromiso moral.

*la virtud crece
y puede ser
cultivada*

Además, no debemos olvidar nunca la riquísima lección que nos ha llegado de la sabiduría de los antiguos, que nos dice que *la virtud crece y puede ser cultivada*. Y para que esto ocurra, el primer don del Espíritu que hay que pedir es precisamente la sabiduría. El ser humano no es territorio libre para la conquista de los placeres, de las emociones, de los instintos, de las pasiones, sin que pueda hacer nada contra esas fuerzas a veces caóticas que lo habitan. Un don inestimable que poseemos es la apertura mental, es la sabiduría que sabe aprender de los errores para dirigir bien la vida. Luego se necesita la buena voluntad: la capacidad de

elegir el bien, de plasmarnos mediante el ejercicio ascético, rehuendo los excesos.

Comencemos así nuestro viaje a través de las virtudes, en este universo sereno que resulta desafiante, pero que es decisivo para nuestra felicidad.

Papa Francisco





El progreso material

El progreso material no ha hecho más que debilitarnos; ha sustituido las fuerzas individuales con las energías sacadas de la materia. Mañana no necesitarán los hombres sumar, porque sumará una máquina; no necesitarán escribir, porque escribirá una máquina; no necesitarán masticar, ni digerir, porque masticará y digerirá una máquina; la máquina pensará, hablará y hará cuadros con ese indecente invento que se llama el daguerrotipo. Y un día desaparecerá la Humanidad y la sustituirá la Maquinidad, funcionando por medio de un sistema maquinal, parecido al de esos socialistas canallas de París. (Pío Baroja, *El mayorazgo de Labraz*, p. 176)

Uno lee el párrafo que antecede y no cree que haya sido escrito en 1903. Pío Baroja intuía que el progreso humano podía conducir a la deshumanización y que las máquinas sustituirían al hombre. ¿Pesimista semejante visión? Vamos

a decir que ambigua, que puede efectivamente realizarse, pero que también puede ser que el hombre domine la ciencia y la técnica y la ponga a su servicio.

La inteligencia artificial (IA) crece exponencialmente, pero la inmensa mayoría no comprendemos sus implicaciones. La consideramos creada por el hombre sí, y por tanto ajena a él y dominada por él. Pero IA también la vemos como una amenaza, porque nos sobrepasa en todo lo que tiene que ver con la cantidad y rapidez de la información, aunque no tiene conciencia de sí misma, sentimientos y libertad, que son las características más humanas de lo humano.

Enfrascados en la mirada dualista, nos hemos dado a la tarea de juzgar a la inteligencia artificial en términos competitivos, es decir, señalando lo que “nosotros” podemos hacer y “ella” no. En especial, “nosotros” tenemos emociones –lo que ahora es una virtud indiscutible– y “ella”, sin embargo, carece de esa finura de la existencia. Pero ella puede hacer otras cosas que nosotros no: multiplicar grandes cifras en un milisegundo, guardar una inimaginable cantidad de datos con precisión, hacer las cosas más rápido o tener respuestas que nosotros desconocemos. Lo que quiero decir con esto, y tiene un alcance para todo lo que existe, es que las cosas no funcionan bien o mal, sirven o no sirven, únicamente si nosotros somos el referente. (Lorena Rojas Parma, *Inteligencias no humanas*, SIC, Dossier, Agosto 2023).

Tres autores ven los peligros de la IA:

“Byung-Chul Han afirma que “no vivimos en un reino de violencia, sino en un reino de información que se hace pasar por libertad”. Yuval Noah Harari teme que los humanos no puedan sobrevivir a la inteligencia artificial. Para Éric Sadin,

“estaremos rodeados cada vez más de fantasmas encargados de administrar nuestras vidas”. (Humberto Valdivieso, *Aquellos que piensan: inteligencia artificial y lo transhumano*, ibid.)

Ciertamente, la información no sustituye la libertad, más bien amplía su campo de opciones y eso es bueno si esa libertad está fundada en valores sociales y religiosos. Valores como el amor gratuito y generoso, el perdón y la reconciliación no pueden provenir de la IA, sino del interior de la persona bien formada en ellos.

Como dice Rafael Tomás Caldera, la realidad y la virtualidad se superponen, pero hay que apreciar la naturaleza y la comunicación interpersonal:

Tiene por eso mucho sentido hablar de realidad segunda. Hemos ‘construido’ un ámbito donde pasamos buena parte del tiempo, superpuesto, podríamos decir, a la realidad primaria donde tenemos ser. Sin duda, las nuevas técnicas permiten dar mayor cuerpo a esa realidad superpuesta. Imágenes visuales, sonidos, acciones, todo ello con una apariencia de verdad que fascina, al mismo tiempo que confunde. Lo recibido nos envuelve de tal manera que hay reacciones afectivas innegables: desde una descarga de adrenalina ante un combate, un accidente o la aparición de alguna amenaza, a las lágrimas que pueden acompañar la narración de escenas humanas conmovedora. (Rafael Tomás Caldera, *Inteligencia artificial. Sentido de realidad*, ibid.)

Sin duda, lo primero será practicar la moderación. Sustraernos al embrujo de la realidad secundaria y sus nuevas maravillas. Para ello, se podría decir, es necesario redescubrir la importancia del contacto con la naturaleza, sin me-

diaciones electrónicas; la importancia de la comunicación amistosa, cara a cara; la primacía de la acción personal por sobre la condición de mero espectador o de 'retransmisor', como ese simulacro de actividad personal que consiste en reenviar contenidos en las redes sociales. (Rafael Tomás Caldera, *Inteligencia artificial. Sentido de realidad*, ibid.)

Estamos iniciando una nueva era, llámese electrónica, de inteligencia artificial o de globalización total. Tenemos que informarnos sobre sus posibilidades, que a veces nos parecen infinitas, pero tenemos que crecer también en conciencia del bien común, del amor a los demás y del abandono en manos de ese Creador que nos permite conocer tantos prodigios.

F. Javier Duplá s.j.



«Para mí, Jesucristo es todo. Así se define lo que representa Jesucristo en mi vida: Todo. Ha sido y es mi ideal desde que entré en la Compañía de Jesús; ha sido y sigue siendo mi camino; ha sido, es siempre mi fuerza. No es necesario explicar mucho lo que esto significa: quite a Jesucristo de su vida y se hundirá como un cuerpo a quien se le quita el esqueleto, el corazón y la cabeza»


*Pedro Arrupe, s.j.
General de la Compañía de Jesús*





RED MUNDIAL DE ORACIÓN DEL PAPA

Secretariado Nacional del Apostolado de la Oración

<http://apostolado.org.ve/>

 @aposvenezuela

 @aposvenezuela

 www.facebook.com/apostoladovenezuela

E-mail: aporlacasta@hotmail.com

Residencia de Jesuitas, Iglesia de San Francisco,
El Silencio, Esq. Pajaritos. Caracas.

Teléfonos

Oficina 0212-832 2024 Residencia 0212-482 2442

Horario de oficina

de lunes a viernes de 9:00 am a 11:30 am